CAPÍTULO IV.

Noticia de la enfermedad de la emperatriz.—El emperador se resuelve á partir para Europa.—Esfuerzos de los conservadores para disuadirlo.—Retirada del ministerio, y recomposicion del mismo.—Viage del emperador á Orizaba.

POR aquellos dias, vivia el emperador muy retraido en palacio. No eran admitidos á su mesa mas que Herzfeld, el padre Fischer, y yo; hasta el 16 de Octubre fué cuando comenzó á convidar á alguna que otra persona. Para el 18 se habia dispuesto una gran comida, antes de la cual, á las once, hubo consejo de ministros presidido por el emperador. Terminado el consejo, dirigíme yo, como solia, al gabinete de Maximiliano; y estando allí presente, se recibieron dos despachos telegráficos concernientes á Europa. Conmovióse el emperador al recibirlos; la verdad es que sus negros presentimientos no le habian engañado. Uno de los telégramas era del conde de Bombelles, y venia de Miramar; el otro de Castillo, antiguo ministro de Relaciones, venia de Roma.

Púsose Herzfeld á descifrar aquellos dos despachos, los cuales anunciaban la enfermedad de la emperatriz; no quiso dar de golpe la fatal noticia á Maximiliano; finjió que no podia traducir bien el contenido de los despachos. Algo se tranquilizó el emperador, cuando Herzfeld le dijo que

del contenido se inferia que habia álguien enfermo en Miramar, y que probablemente se trataba de una dama de honor de la emperatriz, la señora Barrio, mexicana.

No pudo, sin embargo, Herzfeld, ocultar por mucho tiempo el verdadero contenido de los despachos, por cuanto el emperador hubo de conocer que se trataba de disfrazarle la verdad, y le obligó á que inmediatamente se la descubriese toda.

"Conozco, le dijo, que debe ser algo espantoso; pero prefiero que me lo digais, porque así estoy con mayor tormento."

Mientras Herzfeld hacia como que se devanaba los sesos para descifrar completamente los despachos, me salí á mi cuarto; pero á los pocos minutos me mandó llamar el emperador.

"¿Conoce vd., me preguntó llorando amargamente, al Dr. Riedel de Viena?"

No bien oí este nombre, cuando lo comprendí todo. Herzfeld habia dicho al fin la verdad, y aun cuando yo hubiera querido mantener al emperador en la ilusion, no me era posible mentir.

"Es el director de la casa de dementes," le respondí.

Aquel tristísimo aviso determinó la crísis ya inminente, y aceleró la catástrofe. A muy duras pruebas habia estado sujeto el emperador en aquellos últimos dias. Su postrera esperanza quedaba ahora desvanecida; veíase abandonado de la suerte, y agobiado por el dolor. Indiferente á cuanto pudiese acontecer, no hallaba consuelo sino en la idea de abandonar aquella desgraciada tierra, y reunirse á su desventurada esposa. Por otra parte, desde el momento en que aceptó aquella corona de mal agüero, no habia tenido mas que sufrimientos. Toda la duracion de su reinado no habia sido mas que una continuada lucha física y moral, para hacer que prevaleciese su soberanía y sus rec-

tas intenciones frente á la oposicion de los nacionales y las intrigas de los franceses. Aquellas nubes de preocupaciones y desengaños, habíanse convertido en oscura noche con el último golpe de la adversa suerte. A donde quiera que volviese los ojos, no veia ya brillar ni esperanza ni luz.

La emperatriz habia sucumbido en holocausto del país. No era ya admisible la hipótesis de sostenerse en México sin el apoyo de las bayonetas francesas; ni era de temerse la censura de la opinion pública en Europa por el abandono del país en aquellas circunstancias, por cuanto un príncipe, á pesar de serlo, tiene ciertos deberes que cumplir como hombre.

Todos estos sinsabores condujeron espontáneamente al emperador á pesar sériamente el destino de México y de su corona. He dicho *espontáneamente*, é insisto en la palabra, porque estoy en la posibilidad de dar la mejor, y quizá la única esplicacion, de los designios del emperador en aquel momento. Gozaba ya entonces de su plena confianza, y era yo la primera persona á quien manifestaba sus pensamientos. En la misma noche del dia en que llegó la noticia de la enfermedad de la emperatriz, paseando Maximiliano como solía en la azotea del palacio, me dió á conocer sus intenciones, preguntándome si debia ó no abandonar á México.

La plena persuasion que yo me habia formado al considerar friamente el estado nada lisonjero de las cosas, podia ser que correspondiese con sus intenciones; pero en todo caso, como que para mí era un deber sagrado el no ocultarle mis opiniones particulares, le respondí francamente: "Yo creo que V. M. no debe permanecer en el país."

—"¿Y creerán todos, me preguntó, que vuelvo á Europa solo por causa de la enfermedad de la emperatriz?"

—"V. M., respondí yo, tiene mil razones para hacerlo, y la Europa comprenderá que V. M. no estaba ya obligado á permanecer en México, desde el momento en que la Francia nulificó antes de tiempo el tratado."

—"¿Cuál crée V. que será la opinion de Herzfeld y de Fischer sobre el particular?

—" En mi concepto, le respondí francamente, Herzfeld piensa ni mas ni menos como yo; en cuanto á Fischer, á decir verdad, no me inspira mucha confianza: es sacerdote, y creo que (prescindiendo de su honradez que no quiero poner en duda) siempre pesarán mas en su ánimo los intereses de su partido, que los intereses particulares de V. M."

Prosiguiendo la plática, me preguntó además el emperador mi opinion sobre si deberia poner inmediatamente por obra su resolucion, ó solo comenzar á manifestarla como cosa decidida. A esto, que ya tenia yo maduramente meditado, creí deber responderle que no veia motivo para precipitarse; y que, además, la tranquila ejecucion de un acto tan importante exigia preparativos, para los cuales no bastaban unos cuantos dias, sino quizá semanas, y aun meses.

Tras esta conversacion que conmigo tuvo, á eso de las seis de la tarde, el emperador mandó llamar al consejero de Estado Herzfeld y al director del museo Bilimek, los cuales habitaban en palacio, para oir su opinion. Esta fué, segun yo me lo presumia, enteramente de acuerdo con la que yo dí; de manera, que en aquella misma noche se decidió Maximiliano á abandonar á México.

Despues de todo lo que habia pasado, ya no soportaba estar en el palacio de la capital; volvióse absolutamente solo á Chapultepec, y allí dispuso que su decision de marchar se llevase á cabo mucho mas pronto de lo que se hubiese pensado. El papel que á la sazon representaba Herzfeld era el de un hombre que, fiel servidor de la persona de Maximiliano, y austriaco ante todo, veía mas por el archiduque de Austria que por el emperador de México. No tenia otra mira que la de hacer partir al emperador lo mas pronto posible; y aun cuando estaba persuadido de que este debia pri-

meramente abdicar y arreglar los negocios pendientes, subordinaba de tal modo todas sus acciones á aquel pensamiento, que llegó una vez en su previsora premura hasta aconsejar, que inmediatamente se emprendiese la marcha sin consideracion ninguna. "Logre yo embarcarle, decia, y una vez á bordo se disipará todo escrúpulo, y el emperador no menos que la familia imperial me quedarán reconocidos por haberle salvado."

Movido de tales consideraciones, Herzfeld, que siempre tenia fresca la impresion del suceso de Tlalpam, y que desde entonces veia en peligro inminente la vida del emperador, hizo tanto, que por fin consiguió que la partida fuese el 21 de Octubre, de Chapultepec, á las tres de la mañana.

Pero antes necesito referir lo que pasó en los dias 19 y 20.

Apenas se hubo retirado el emperador á Chapultepec, y no bien se supo su resolucion de abandonar el país, levantóse una verdadera tempestad en el seno del partido conservador. Harto sabian los conservadores que tenian muy pocos argumentos que hacer valer en el ánimo del emperador para reducirlo á que se quedara, y hasta persuadidos estaban tambien de las buenas razones que este tenia para renunciar al trono; pero despues de haber vuelto á la vida política, despues de haberse puesto á trabajar con todo empeño en provecho propio, no podian resignarse á ver que se derrumbaban de un golpe todas sus esperanzas, todos sus planes para la preponderancia del elemento clerical en el gobierno, para la restitucion de sus bienes: reunieron, pues, todas sus fuerzas, y se opusieron con toda energía á la resolucion del emperador.

No tardó en manifestarse la actividad política de los conservadores. Habian llegado ya á México los prelados de todas las diócesis del imperio; de un dia á otro debia abrirse el sínodo, ordenarse el ejército nacional, y comenzar con gran energía la campaña contra los republicanos. En

medio de todos estos hermosos planes venia á caer, como un rayo en dia sereno, la resolucion del Emperador de marcharse de México, ó como decian los conservadores, de desertar de su causa y dejarlos en apuros. Segun el egoista modo de pensar de los conservadores, el imperio era el manto con que abrigaban sus secretos designios, sus particulares aspiraciones; arrancado este, venian á quedar privados de todo apoyo, y el suelo se hundia bajo sus plantas.

Apercibióse el emperador de la ajitacion de los conservadores; y para sustraerse á sus indiscretas pretensiones, se atrincheró, por decirlo así, en su castillo. En mi calidad de médico de cámara me correspondia desempeñar entonces el ingrato oficio de estar de guardia á la entrada de sus aposentos, para despedir á cuantos llegaban con el proyecto de hacerle vacilar en su resolucion y de representarle como imposible de ejecutarse su designio, diciéndoles yo: "el emperador está enfermo, no puedo dejar entrar á nadie." Entre otras personas, se presentó la princesa Iturbide, jóven doncella, tia del pequeño príncipe Iturbide, á quien el emperador habia adoptado y declarado sucesor suyo para el caso en que muriese sin heredero directo del trono. Con esta señorita, que estaba muy orgullosa de que Maximiliano la llamase *querida prima*, y que sea dicho de paso, tenia una singular vivacidad de génio, hube de sostener una verdadera lucha. No queria dar fé á mis palabras, á toda costa queria hablar con el emperador; y cuando le repliqué secamente que no era posible, se desató con ímpetu varonil contra todos los que, segun decia, estimulaban al emperador á que partiese.

Nadie queria creer en México la enfermedad de la emperatriz, ni que este fuese el motivo por el que el emperador se marchaba. Decíase que era solo un pretesto inventado para dar una esplicacion plausible de la abdicacion del emperador. Tan arraigada estaba semejante creencia, que

en resumidas cuentas no se hacia reproche ninguno por ello al emperador en el fondo de los corazones. La opinion pública lo juzgaba rectamente, justificando su resolucion con los acontecimientos anteriores. Además, era la emperatriz amada lo bastante para que no tratasen los ánimos de desvanecer los rumores que sobre su enfermedad circulaban.

Entre tanto, era cosa curiosa la actitud del ministerio para con el emperador.

Habia este dado por intermedio mio al padre Fischer, el encargo de hacer saber á Lares, presidente del consejo, que S. M. habia pensado marcharse á Orizaba, tanto por razon de su salud, puesto que los médicos al ver la pertinacia de la fiebre intermitente le aconsejaban cambiase de aires, cuanto por el deseo, que no necesitaba esplicacion, de estar mas cercano al punto de llegada de las noticias de Europa; pero que, aun cuando se marchase, nada debia variarse en el estado de las cosas. Continuaria el ministerio en su encargo, no remitiendo á Orizaba sino los asuntos de suma importancia; todo, en fin, seguiria como cuando el emperador se iba á Cuernavaca, dándose noticia al público de la dicha resolucion en el *Diario del imperio.*

En la mañana del 20 de Octubre, mandó el emperador á Herzfeld con una carta para el mariscal Bazaine, en la cual le participaba su marcha á Orizaba, fundada en las razones espuestas ántes. Además, llevaba Herzfeld el encargo de arreglar de palabra con el mariscal los indispensables convenios para mantener el *statu quo* durante la ausencia del emperador. La respuesta de Bazaine, quien por el manejo misterioso de los dias anteriores creyó quizá que la partida del emperador era un primer paso de acuerdo con los deseos de Napoleon, fué del todo tranquilizadora. Me consta que el mariscal contestó por medio de Herzfeld, que durante la ausencia de Maximiliano estaria pronto á reprimir cualquier movimiento, y á prestar al gobierno el apoyo que pudiese necesitar.

Diéronse las disposiciones para la marcha. Entre las personas de la corte que debian acompañar al emperador, solo estábamos el padre Fischer, el ayudante de campo Feliciano Rodriguez, el oficial de órdenes Pradillo, el profesor Bilimek y yo.

A eso de las tres de la tarde, llegó á Chapultepec Lares, solicitando ser introducido cerca del emperador. Con voz conmovida y trémula me decia que necesitaba hablar á Maximiliano en el instante, que tenia que entregarle un pliego cuya presentacion no consentia la menor demora.

Entré yo á donde estaba el emperador, y le anuncié la llegada de Lares, y que este insistia en entregarle personalmente una carta. Pero el emperador no quiso recibirle; y Lares, despues que le hube asegurado que hasta aquel momento no habia recibido Maximiliano á nadie, ni aun á la princesa Iturbide, me entregó el pliego. Contenia este nada menos que la dimision de todo el ministerio, en caso de que el emperador partiese. El temor de llegar á perder con este último paso todo apoyo, habia conducido á los ministros á semejante resolucion. Tan poca confianza tenian ellos mismos en su fuerza, en su energía, y en la equívoca situacion provocada por su conducta, que temiendo cualquiera manifestacion de la opinion pública, y aterrados por el espectro de una revolucion, se aferraban inconsideradamente á la persona del emperador. No queria el ministerio dejarse coger, por decirlo así, *in fraganti*, por los republicanos, olvidándose completamente que de sus filas habia salido poco ántes el consejo de empeñar la lucha con los rebeldes sin el apoyo de los franceses. Con su mal aconsejada dimision, los ministros hacian patente la impotencia de su partido.

La dimision del ministerio, cosa por otra parte inespera-

da, no hizo vacilar al emperador. Decidido tenia el partir, y partir queria á pesar de cualquier obstáculo.

Informóse por medio de Herzfeld al mariscal, de la proyectada dimision del ministerio. A este no se le dió, entre tanto, ninguna respuesta decisiva, resolviéndose el entregar la cosa al dominio de la publicidad; solo que, mientras los ministros andaban aturdidos, el emperador consideraba maduramente la situacion, fijándose para el caso de que aquellos no renunciasen á su propósito, en dos combinaciones.

Consistia la primera en el establecimiento de una regencia mixta, cuyos miembros habrian de ser: Lares, como presidente del consejo de ministros; Lacunza, como presidente del de Estado; y Bazaine, como gefe del ejército. La regencia deberia convocar un congreso, y participar á este la resolucion que el emperador tenia de abdicar.

A mí me dictó el emperador el decreto en virtud del cual se encomendaba la regencia á Lares, á Lacunza y á Bazaine, durante el tiempo de su ausencia. Dicho decreto deberia estenderse en doble original, y entregarse sellados ambos á Lares y á Bazaine, con órden terminante de no abrirlos sino en virtud de instrucciones ulteriores.

El segundo punto de la combinacion consistia en trasladar á Orizaba el asiento del gobierno.

El ministro de la casa imperial, Arroyo, con cuya adhesion podia contar el emperador en cualquier evento, debia ir solo á Orizaba, mientras Bazaine quedándose en México tendria segura la capital.

El padre Fischer, que por aquellos dias tampoco era recibido, presenciaba como espectador pasivo y de muy mal talante todas esas disposiciones. Con profundos suspiros recibió la noticia de la marcha; veia su propia impotencia para impedirla, y se plegaba á la necesidad, aunque muy á disgusto suyo. El único medio que podia quedarle para

conjurar la catástrofe, era persuadir al ministerio á que retirase su dimision.

Todo lo que voy á referir en seguida, me lo comunicó el propio padre Fischer. En la misma tarde en que Lares habia presentado su dimision en Chapultepec, Fischer se abocó en la ciudad con los ministros, y les hizo enérgicas amonestaciones; les probó que con su dimision provocaban justamente lo que querian impedir, es decir, la abdicacion del emperador. Mientras se opusiesen á la marcha de este á Orizaba, no podian menos que aumentar su desconfianza en el estado de las cosas, impulsándole á fijar como término de su viaje, no ya Orizaba sino Europa. El único medio, cuando no para impedir eficazmente la abdicacion al menos para retardarla, seria el permanecer en sus puestos, y no oponer obstáculos á la partida.

La verdad es que el tal argumento era esacto. Si los ministros no hubiesen retirado su dimision, indudablemente el emperador habria marchado á Europa, y violentamente. Pero la retiraron, y á esta decision contribuyó no poco el mariscal Bazaine, reprochándoles severamente su conducta desleal, y asegurándoles al mismo tiempo su apoyo.

Tomóse la resolucion á las diez de la noche. Arroyo llevó la declaracion de los ministros, en la cual se reconocian como admisibles las razones que habian movido al emperador á dirigirse á Orizaba, y se le prometia manejar los asuntos de gobierno durante su ausencia y conforme á su programa.

Antes de saber la decision del ministerio, el emperador habia recibido una carta de Bazaine, en la cual el mariscal le participaba que no veia obstáculo ninguno á su partida, asegurándole del modo mas tranquilizador que proveeria á todas las eventualidades. Aconsejaba así mismo al emperador, de acuerdo con cuanto este habia arreglado para el

caso de que el ministerio persistiese en retirarse, que se llevase á Arroyo como único ministro á Orizaba.[1]

Las disposiciones para la marcha se cambiaron otra vez á eso de las once, por cuanto á las ya mencionadas personas de la comitiva tenian que agregarse ahora Arroyo, ministro de la Casa imperial, y el oficial de la secretaría Ibarrondo.

El emperador habia enviado desde ántes á Herzfeld á la ciudad; encargóle en seguida, que con su influencia disipase las dudas tocante á la enfermedad de la emperatriz, y que tranquilizase á los austriacos y á los belgas, quienes pudieran creerse abandonados tras la marcha de su señor, asegurándoles que en cualquier evento no dejaria el emperador de velar por ellos, que tal era en efecto su intencion.

Quedó ademas Herzfeld con el encargo de recibir más tarde á Castelnau, esponiendo á este las razones que habian movido al emperador á dirigirse á Orizaba, y pidiendo en nombre de S. M. al enviado de Napoleon, que remitiese sus despachos á este punto, de donde se le contestaria directamente.

Ademas de todos esos encargos, que Herzfeld recibió de boca del emperador, dictóme este en la noche del 20 de Octubre lo que sigue:

"Herzfeld debe preparar una carta reservada al mariscal Bazaine, con respecto al cuerpo franco-austro-belga. Bazaine deberá cuidar de embarcar á dicho cuerpo y ponerlo en Europa. Del contenido de esa carta deberán enterarse á su tiempo el coronel Kodolitsch, el teniente coronel

1 El Sr. de Kératry pone las siguientes palabras en boca del emperador despues que hubo recibido la carta del mariscal:—*Ya no vacilo; mi muger está loca, estas gentes me están matando á fuego lento. Ya no puedo mas; me voy. Dad mil gracias al mariscal por esta nueva prueba de adhesion.* ¿A quién habia de decir el emperador esas palabras? Aquel dia no recibió mas que á Herzfeld y á mí. Absolutamente ninguno del cuartel general se le acercó ese dia.

Hotze, y el coronel Van der Smissen. Mas tarde, deberá Herzfeld preparar, conforme á las minutas estendidas ya, dos cartas de despedida á la princesa tia y á la madre del príncipe Iturbide; en la carta á la princesa, no habrá de olvidarse el dar palabra de que el emperador se ocupará de su suerte, y se la recomendará al futuro gobierno."

Debia Herzfeld, ademas, dar órden de que el inventario de cuanto existia en el palacio de México y en las residencias de Chapultepec y Cuernavaca, se entregase al capitan Pierron, gefe del gabinete imperial, y al coronel Schaffer, quienes de consuno deberian cuidar de que todo se conservase en órden.

Finalmente, debia desempeñar una comision secreta, que consistia en regalar la posesion imperial de *Olindo* junto á Cuernavaca al ayudante de campo del emperador, coronel Rodriguez, y todo lo de *caballeriza* á los oficiales de órdenes, coronel Ormaechea, teniente coronel Uraga, y mayor Pradillo.

Más tarde quedaron anuladas en parte todas las anteriores disposiciones; pero las menciono aquí, para que se vea cómo pensaba el emperador al abandonar á Chapultepec. Partimos de este punto el 21 de Octubre á las cuatro de la mañana, sirviendo de escolta una fuerza de trescientos cuatro húsares mandados por el coronel Kodolitsch.